

**ANA BALLESTEROS (2011). *Pakistán*. Madrid: Editorial Síntesis, 273 págs.**

Que el mundo se ha transformado radicalmente en las últimas décadas y que aún hoy sigue en proceso de cambio ya no sorprende a nadie. Paradójicamente, lo que todavía no se ha visto en su completa dimensión es el nuevo papel de Asia ante este nuevo escenario.

Paralelamente, se escribe y se comenta sin cesar sobre el nuevo papel económico y político de China, la emergencia de la India y la rivalidad del que será en poco tiempo el país más poblado de la tierra con su vecino Pekín o, por supuesto, de la tecnología japonesa. Afortunadamente, todavía hay publicaciones que nos permiten no sólo darnos cuenta de que el mundo es más complejo de lo que pensamos y de que no puede ser reducido a una simple media docena de países ignorando realidades como la que ofrece Pakistán.

El libro de Ana Ballesteros nos ofrece un análisis extenso en contenido y breve en palabras de uno de esos actores internacionales que sale a menudo en los medios de comunicación pero casi siempre vinculado a problemas o acontecimientos negativos que conllevan la creación de un estereotipo muchas veces simplificado de lo que es como Estado y lo que representa como nación.

Y es que, en sus 273 páginas, Ana Ballesteros hace un claro recorrido sobre la historia y el corto pasado de este país y sobre los elementos que lo llevaron a su creación y a las bases que lo sustentan.

Como escribe Ana Ballesteros en la primera línea de la introducción de su libro: «Pakistán se puede resumir en un vuelo de Islamabad a Lahore». Sin embargo, este libro abarca obviamente muchos más temas y ofrece el suficiente material como para no poder ser condensado en tan poco espacio de tiempo.

En este libro, Ballesteros nos ofrece una perspectiva sociopolítica e histórica de lo que muchas personas pueden considerar un Estado fallido, pero a lo largo de su análisis nos deja claro que está lejos de otros escenarios como el de Somalia o el propio vecino Afganistán. Lo que sí nos dice es que Pakistán es un Estado sin nación, una creación artificial en un momento convulso de la historia. Tanta improvisación, tanta dispersión y tanta desesperación lleva a que todavía hoy, más de seis décadas después de su fundación, sigan sin tener clara conciencia de lo que son: una democracia irrealizable, una dictadura encubierta, un país islámico. Demasiados interrogantes para poder ser los verdaderos dueños de su destino y del de los casi doscientos millones de personas a los que llegarán en unas décadas. Para entonces, los jóvenes tendrán que asumir mayor responsabilidad sobre su futuro porque serán la gran mayoría de un país nuclear y en continuo desarrollo.

Esta publicación no es sobre la geopolítica de Asia meridional o de Pakistán en su contexto regional o internacional; no obstante, una mayor referencia que la que nos ofrece en el capítulo tercero hubiera sido apreciada por el lector para comprender en más profundidad cómo afecta internamente su situación estratégica en una zona en donde países como Afganistán, China, la India o los Estados Unidos inciden cada vez más en el devenir de todo lo que sucede.

Obviamente, esto no resta validez a todo el trabajo general y cuyo objetivo principal es entender a Pakistán desde los elementos y fuerzas que lo crean y condicionan y la situación real a la que se tiene que enfrentar cada día su población.

Para ello, Ana Ballesteros divide el libro en seis claros capítulos que van desde el origen de la formación de este país y las personas que lo hicieron posible y aquellas que intentaron que no lo fuera, a las estructuras de poder, y al perenne enfrentamiento entre la clase política y el estamento militar. Después, la autora pasa a analizar los conflictos internos, como los regionales, para ya dar paso a los aspectos puramente económicos, sociales y de religión que completan este apasionante y complicado puzle de Pakistán.

El primer capítulo, «Pakistán, o todo por el islam», nos adentra de manera clara y cronológica en el Raj británico para pasar rápidamente a las motivaciones que llevaron a que, de un mismo territorio, surgieran varias entidades territoriales. Por razones obvias, Iqbal y Yinnah acaparan la mayor parte de este capítulo, que se centra en analizar el relevante papel que tuvieron los dos, uno en el plano teórico y otro en el práctico, para llegar hasta la partición.

Pasamos en consecuencia del polifacético Muhammad Iqbal, que puso toda su creación poética, literaria y filosófica al servicio de la política, aportando una mezcla de la tradición urdu y persa para el imaginario colectivo musulmán del sur de Asia y que se convertiría en la base de su nacionalismo; a la otra gran figura, Muhammad Ali Yinnah, quien aportaba una visión del mundo muy particular, probablemente por pertenecer a una minoría, la joya, dentro de otra minoría religiosa en el islam, la chii, que lo condicionó considerablemente en su forma de concebir el futuro de lo que visionaba como Pakistán.

Tanto Iqbal como Yinnah consideraban la democracia como la mejor forma de gobierno. El contexto que ellos mismos ayudaron a crear no fue sin duda el mejor para poder permitir que esta forma de gobierno prosperase como ellos habrían soñado.

La teoría de las dos naciones sería al final el argumento expuesto para partir por dos a un mismo pueblo con dos religiones contrapuestas bajo el argumento de que «el islam no es sólo una doctrina religiosa, sino un código realista y práctico de conducta».

Yinnah sería el primer gobernador general de Pakistán y los Estados Unidos el único país que lo reconocería internacionalmente el día de su proclamación, pero su efímero mandato no podrán borrarlo de la historia.

Una vez creada esta nación sin Estado, el capítulo segundo nos introduce ya en los actores claves que lo llevan sustentando desde su inicio. Inicialmente nos hace un análisis del conjunto de la sociedad y el papel que juega en la maquinaria política, para después entrar a diseccionar a la clase política y el aparato burocrático que la sustenta. Igualmente, nos explica con abundantes ejemplos y gran claridad el papel del Ejército y el poderoso servicio secreto Inter-Services Intelligence (ISI), como teórico garante de la estabilidad pero demasiado a menudo atribuyéndose el poder de cambiar o modificar lo que las urnas habían pedido. Es también muy interesante el análisis del poder judicial, y el papel de contrae-

quilibrio entre políticos y militares dentro de este laberíntico sistema político. El capítulo continua con una explicación sobre las diferentes ideologías que están detrás de los principales partidos políticos, como la Liga Musulmana, el Partido del Pueblo de Pakistán o los ya minoritarios partidos islamistas o nacionalistas. La autora termina esta segunda parte con un acercamiento a la actualidad a través de las elecciones de 2008, el retorno a Pakistán de Benazir Bhutto y la salida del último dictador militar, el general Musharraf.

El capítulo tercero pasa a analizar ya la situación de Pakistán en un contexto más amplio, con diferentes escenarios de conflictos a los que se enfrenta Islamabad, haciendo una distinción entre los conflictos domésticos, regionales e internacionales. Para terminar, un breve repaso por el controvertido programa nuclear que tantos dolores de cabeza le ha dado a la comunidad internacional. Entre los conflictos internos, destacan por supuesto todos los heredados de las fronteras y sus connotaciones con el pasado colonial: las referencias a Cachemira —piedra angular en la disputa entre la India y Pakistán—, la Provincia Fronteriza del Noroeste y fundamentalmente pastún —NWFP, por sus siglas en inglés—, la provincia más extensa y menos poblada de Pakistán —el Beluchistán—, las áreas del norte y sus agencias políticas —Gilgit-Baltistán—, el Punjab —de donde parece emanar el verdadero poder político y económico— y, finalmente, el Sindh —primera región del sur de Asia conquistada por el islam y cuna del sufismo pakistaní y los *muhayir*, o los musulmanes de la India que partieron al nuevo Estado de Pakistán en busca de la tierra del islam.

Igualmente, la autora aborda el contexto regional y analiza el escenario internacional centrándose en cinco actores que considera claves en las relaciones internacionales para el Gobierno en Islamabad y cuya falta de ideología parece haber sido, en palabras de la autora, la de dar prioridad a la protección de su espacio territorial a través del rearme, motivo que lo llevaría a buscar la alianza con Washington como alternativa al auge del comunismo en Asia en un contexto de Guerra Fría.

Afganistán aparece en primer término, y sostiene Ana Ballesteros que la relación entre ambos ya empezó mal desde el inicio, cuando Kabul votó en las Naciones Unidas en contra del reconocimiento del recién creado Estado de Pakistán en 1947, convirtiéndose en el único país que votó en contra de su reconocimiento.

Pakistán siempre ha considerado a su vecino como su «patio trasero» y, además, las fronteras imaginarias creadas sirvieron para separar a los pastún en dos zonas antagónicas.

La India, por razones obvias, ocupa un lugar destacado. La separación fue tan traumática y el hecho de que la India se quedara con mayor territorio, más población y recursos sólo hizo que se acentuara la desconfianza y enemistad.

Uno de los actores internacionales también tratados y de los que se tiene menos conocimiento es la República Islámica de Irán. El triunfo del chiismo en Irán intentó seguir en Pakistán, en donde incluso se llegó a crear un partido político-religioso como el Tehrik-e Nifaz-e Fiqh Yaffariya. Irán ha intentado mantener su influencia a través de la religión, sin embargo el conflicto de su relación

proviene de su frontera común de unos 700 km y los problemas de tráfico de drogas y personas que se producen por su porosa demarcación.

China es el nuevo actor que más peso está ganando, como en el resto del mundo, y tradicionalmente el gran aliado asiático de Pakistán en la región. Perfecto contrapunto a la emergencia de la India, país con el que China ya había mantenido una guerra en 1962 y con el que tiene disputas fronterizas. A diferencia de los Estados Unidos, Pakistán ha visto a China como un aliado más fiable y menos dispuesto al acercamiento a su enemigo natural, la India, si el contexto geopolítico del momento así lo demandaba.

Para terminar la parte de las relaciones internacionales, Ana Ballesteros se interroga por la relación entre Islamabad y Washington. La autora nos hace aquí un recorrido sobre cómo la relación pasó del idilio con el pionero reconocimiento del Estado de Pakistán por parte de la Administración estadounidense, al progresivo deterioro en el que se encuentran ahora con motivo de la falta de confianza entre ambos y la brecha que los separa en las políticas a seguir con respecto a lo que Estados Unidos llama la guerra contra el terror, sobre todo cuando se produce en el propio suelo pakistaní o en la frontera con Afganistán.

El capítulo termina con el famoso programa nuclear pakistaní, haciendo un repaso al mismo y al llamado padre de la bomba, el Dr. Khan, y su turbulenta historia pasando de ser el héroe de la patria a sufrir arresto por pasar parte del programa nuclear a otros países como Corea del Norte.

La economía también tiene su cabida en el capítulo cuarto. Aquí se hace un repaso a las estructuras que sustentan la base económica de un país que no cuenta con grandes recursos, como su vecino indio, y que tiene a la agricultura como base principal de desarrollo. A pesar de su continuado crecimiento desde 1977 —se calcula que tiene un crecimiento medio anual en torno al 6%—, sus dirigentes no han sido capaces de terminar con sus grandes males: la pobreza, la desigualdad y la dependencia del exterior que, a través de los préstamos, mantiene a Pakistán como un perenne Estado deudor y, por tanto, dependiente de terceros países o instituciones internacionales. Este capítulo es ampliamente completado con numerosos gráficos y tablas que ayudan a tener una mayor idea sobre el desarrollo económico por el que ha pasado Pakistán en las últimas décadas.

Muy acertadamente, la sociedad pakistaní aparece explicada en el penúltimo capítulo. Aquí se tratan factores tan importantes como la sanidad, la educación y la educación religiosa en las madrazas, también contrastados con datos y cifras para complementar adecuadamente el repaso que se da a estos elementos. Igualmente, es muy interesante cómo se abordan otros temas más problemáticos, como los de la drogadicción o el trabajo forzado, para comprender cómo funciona la sociedad en su conjunto.

En el capítulo quinto, concluye con otra de las tragedias con las que tiene que convivir a diario la sociedad pakistaní y de la que a veces no se hacen suficientemente eco los medios internacionales: el terrorismo desde el punto de vista de las víctimas a menudo olvidadas. Y es que las primeras víctimas del terrorismo son los propios habitantes ahí donde se producen los atentados. Según las fuentes que

maneja la autora, desde el 2003 Pakistán casi ha tenido 27.000 víctimas, incluyendo a militares, civiles y también a los propios terroristas.

El sexto y último capítulo está destinado a la religión, aspecto de la vida privada y pública que no podía ser obviado al tratar una República islámica. En este capítulo, la autora nos hace un repaso desde la llegada del islam a Asia, lo cual podría dar lugar a otra publicación si, como ella describe: «la primordial fuente de identidad de los pakistaníes que es la religión tiene múltiples interpretaciones, tantas como musulmanes hay en el país». Desde esta perspectiva, nos adentramos no sólo en los temas puramente religiosos del islam sino en las tradiciones pakistaníes y los cambios en su sociedad a través de diferentes escuelas que han dejado huella y siguen jugando un papel determinante en su futuro, como la Deoband, la Tablighi Yamaat, la Bareilly, la Ahl-e Hadiz o la Yamaat-e-Islami.

Este interesante estudio termina con una referencia sobre las tribus y los clanes, que siguen dominando en muchos aspectos la vida diaria de un pueblo que permanece en busca de su identidad como nación.

Este libro no puede, por razones obvias, abarcar todos los temas, ni todas las personas, pero sin duda sí refleja los más determinantes y las personas clave en la corta historia de Pakistán.

Su lectura sin duda nos puede ayudar a comprender mucho mejor uno de los actores que está llamado a seguir presente en los medios de comunicación del mundo —no siempre por motivos positivos—, aportar un mayor conocimiento sobre lo que significa y representa Pakistán y evitar seguir creando unos estereotipos que en nada ayudan a esta nación y su gente. Afortunadamente, se siguen publicando libros sobre Asia y, especialmente, análisis sobre países que no siempre despiertan las mayores simpatías por no ser destinos turísticos y fuentes de inversión.

**Rafael Bueno, Casa Asia.**